Despedida melancólica

por Julio César Jobet

I

He sido colaborador entusiasta de "Occidente", desde comienzos de 1949, animado por la acogida gentil, y sin limitaciones, de sus distinguidos directores, los escritores, catedráticos y periodistas Armando González Rodríguez, Enrique Arriagada Saldías, Germán Sepúlveda Durán, Sergio Carrasco Torrealba y Roberto Aldunate.

En sus páginas densas, se han insertado numerosos artículos y ensayos míos sobre los más variados temas, escritos en su mayor parte en el tranquilo ambiente de la simpática comuna de Ñuñoa, a la cual estoy ligado desde mis lejanos tiempos de estudiante universitario, cuando viví en casa de mi generoso e inolvidable tío Adriano Jobet Angevin, en la calle Monseñor Eyzaguirre, entre las actuales avenidas Dublé Almeyda y José Domingo Cañas. El encanto de Ñuñoa ha sido reconocido por muchos escritores. Mary Graham en su famoso "Diario", lo señaló en estas líneas, fechadas el 5 de septiembre de 1822: "Ñuñoa, pintoresco pueblo... es un lugar lindísimo, lleno de huertos y jardines y rodeado de sementeras de trigo. El espléndido círculo de montañas que lo rodea, especialmente los nevados Andes, hacen resaltar más aún la belleza de los floridos campos de Ñuñoa".

En tan atrayente lugar he investigado, meditado y escrito mis modestos estudios, que "Occidente", con tanta benevolencia ha publicado. Por tal razón mi agradecimiento es profundo e imborrable. Y ello me ha estimulado a perseverar en mis colaboraciones. Pero ha llegado el momento de guardar silencio y abandonar la pluma. La mala salud y el desaliento, el cansancio y el *tedium vitae*, me impiden proseguir en tan grata labor...

El 18 de enero de 1973 cumplí 61 años, y ya mi salud era muy delicada a causa de un agudo estado nervioso y una alta hi-

perensión. Pasé el verano en condiciones precarias, aunque logré terminar algunos trabajos comenzados; el 6 de abril en la mañana, mientras me duchaba, una terrible trombosis me colocó al borde de la muerte, aniquilándome física y espiritualmente con la parálisis de todo el lado izquierdo de mi cuerpo, después de varios días de intensa lucha me salvé y comencé una lenta y prolongada rehabilitación. Aunque me recuperé, y logré quedar sin defectos y con una mente todavía lúcida, sin desconformaciones cerebrales, como diría el historiador Encina, mi capacidad de trabajo y mi entusiasmo intelectual decayeron notablemente; el espectro de la muerte en cualquier momento me canceló todo anhelo creador. "La inteligencia humana se nutre tan esencialmente de futuro, que en el instante en que toda posibilidad de porvenir queda abolida, cuando cada impulso del espíritu choca indistintamente contra la muerte, ya no hay pensamiento posible". Este juicio tan exacto de Martin du Gard, ilustra dolorosamente mi situación después de aquella terrible enfermedad, a la que se agregó, en mi caso, la influencia trastornante del malsano ambiente político de la época, insoportable, absurdo, con su permanente estado de preguerra civil. Se me cerró toda posibilidad de porvenir y de pensamiento creador; mi personalidad quedó bloqueada, y mis impulsos espirituales anonadados, por la enfermedad, el desgaste físico y el fracaso de la política democrática popular a la cual adherí en mi juventud.

Desde aquel día, y meses siguientes, del año 1973, "ya no luché... me abandoné a la opresión de la muerte, y la intensidad con que se me aparecía en ese momento la inutilidad de la vida, la vanidad de todo esfuerzo, hasta me provocaban una voluptuosa exaltación: ¿Por qué querer? ¿Esperar qué? La vida es irrisoria. ¡Nada, absolutamente nada vale la pena, en cuanto

uno conoce la muerte! Me sentía herido en lo más íntimo. No tenía ambición, ni ansia alguna de dominar, ni deseo de realizar nada. Y no me imaginaba que ya pudiera curarme de esta angustia, recuperar cierto sosiego ni siquiera, tenía la veleidad de creer que si bien la vida es breve, el hombre dispone a veces del tiempo para poner un poco de sí mismo al abrigo de la destrucción, que a veces le es acordado el levantar por encima de la ola que lo arrebató un poco de sueño, para que algo suyo flote aún después de haber desaparecido”.

Luego, ante los dramáticos hechos de septiembre, viví semanas de pavor y me transformé en un ser desalentado, sufriente y titubeante, sumergido en mi estoicismo natural, intrínseco, y afirmado en mi pública y reiterada posición humanista, antitotalitaria; en mi sincero idealismo político democrático; en mi elevada conducta ética, hecha de honorabilidad y rectitud cotidiana, ajeno siempre a cargos y actividades oficiales, a sinecuras bien rentadas.

El hundimiento del régimen político tradicional, en 1973, ha significado, el desaparecimiento de toda una “belle époque” de la república liberal. El fallecimiento de representantes personeros, como los ex senadores y ex ministros Horacio Walker Larraín, Eduardo Cruz Coke, Jaime Larraín García-Moreno, o el ex ministro José Tohá; y el deceso de Pablo Neruda, premio Nobel, señalan en lo político y en lo literario, el término de un lapso resplandeciente, y a él se agregan los fallecimientos de los estuendos escritores Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, del fecundo erudito Guillermo Feliú Cruz; del maestro sin par Luis Alberto Puga, del novelista Reinaldo Lomboy, del folletínista Jorge Inostroza; de los periodistas Anibal Jara Letelier y Luis Hernández Parker; de los pintores Camilo Mori, Marcos A. Bontá. Asistimos a la liquidación de todo un período histórico, político, literario y artístico, y de cuyas ruinas habrá de brotar otra fase, con otros dirigentes, otros ideales y otra sensibilidad. Pero los de mi generación, y yo mismo, ya no nos reconocemos en ella, ni podemos jugar algún papel. Hemos perecido moral y espiritualmente en la catástrofe. Únicamente podemos pensar y desear que la nueva época sea superior, mejor, para bien de nuestra amada patria. Sólo la nostalgia de aquel mundo desvanecido y el contacto con algunos escasos sobrevivientes de prestigio y de calidad auténtica, nos permiten subsistir y gozar de al-

gunos momentos de felicidad... El sentimiento de soledad y de tristeza se agudiza al caminar por las calles derrumbadas, los edificios característicos demolidos; al notar la ausencia de tantos amigos desaparecidos en la tormenta; y el predominio de compatriotas desconocidos, indiferentes o desconfiados de los viejos, acusados de ser los causantes del trastorno ocurrido...

I I

En mi trayectoria de ensayista, con una docena de libros y decenas de ensayos esparcidos en diversas revistas nacionales y extranjeras, he recibido innumerables críticas, tanto adversas como favorables. En “Occidente” Nº 225, de abril de 1971, su culto director y dilecto amigo R.A., reprodujo un extenso y elogioso artículo de R.A. Latcham sobre mi “Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile”; recogió varias referencias de tratadistas norteamericanos en torno a algunos trabajos míos; y reprodujo también, después de hacerlo traducir, un brillante artículo del catedrático Michael F. Jiménez, acerca de mis libros “Ensayo crítico...” y “Los precursores del pensamiento social de Chile”.

Al aparecer mi volumen “Doctrina y Praxis de los educadores representativos chilenos”, en Editorial Andrés Bello, “El Mercurio”, del 3 de octubre de 1971, le dediqué una breve crónica, en la cual expresa: “Se puede discrepar de algunas apreciaciones subjetivas del autor, pero no se puede ignorar una de las obras o ensayos más completos y valiosos escritos en los últimos años, en esta materia que toca tanto lo histórico como lo educacional, lo social e incluso lo económico desde su punto de vista doctrinario y muchas veces de gran objetividad. Este ensayo está dividido en once grandes capítulos que se leen con verdadera sorpresa por lo ameno y claridad de exposición... Creemos, como anotación final, que esta obra de Jobet debe ser conocida ampliamente en los círculos históricos y educacionales del país, ya que ayudará a formar opinión sobre diversos puntos que aún hoy son nebulosos y aparecen como controvertibles en alto grado”.

Mientras permanecía hospitalizado en dura lucha con la muerte, apareció en “La Nación”, del 12 de abril de 1973, un elogioso artículo para calificar mi obra y muy benévolo respecto de mi condición humana. El autor de ese artículo, discípulo agradecido, manifiesta conceptos halagadores

como los siguientes: "En las obras de J.C. Jobet palpita un afán reiterado de escrupulosa investigación y una constante búsqueda interpretativa original, aplicando su metodología adquirida en sus estudios en el departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la U. de Chile, y sus concepciones socialistas... J. C. Jobet ha heredado muchas de las tradiciones humanistas y libertarias del pensamiento francés y, sobre todo, su pasión por buscar y proclamar la verdad. Por su influencia se ha señalado como un intelectual socialista de criterio independiente y espíritu crítico, incapaz de someterse a una regimentación partidista sectaria o a un reglamento dogmático y esterilizador. Ante los fieles de la militancia ciega y obtusa, meramente consignista, le ha perjudicado (o favorecido) su actitud amable, dialogadora, a menudo distraída y lejana, reveladora de la agudeza y de la indiferencia del intelectual asiduo de los libros, del solitario austero e idealista. Además ha sido tímido, aunque su timidez no ha provenido de una falta de valor físico, de coraje, sino de una especie de pudor que le ha impedido cualquiera intrusión y toda manifestación en pro de la conquista de cargos administrativos o políticos. Su inteligencia alerta le indica a cada instante la insuficiencia, o unilateralidad, de sus conocimientos, no obstante sus ordenadas y prolongadas investigaciones y lecturas. En ese sentimiento delicado radican su amplia tolerancia ideológica y una cierta piedad para considerar al prójimo y su carencia de ambición, de soberbia, de vanidad".

En "La Nación", del domingo 5 de noviembre de 1972, bajo el título de "La obra ensayística de Julio César Jobet" se hizo una síntesis de las referencias nacionales y norteamericanas (de los círculos universitarios de los EE.UU.) a mi obra. Por ejemplo, es interesante lo expuesto por el catedrático Michael F. Jiménez, a fines de 1970, en el seno del Latin American History Colloquium enfocando el contenido de mis libros "Ensayo crítico...", que, a su juicio, es un examen provocativo de los orígenes del subdesarrollo chileno, a través de la revista al proceso nacional desde la era portaliana hasta la década del 40; y "Los precursores del pensamiento social de Chile". Respecto de este trabajo expresa el profesor norteamericano que Jobet "pinta fascinantes retratos de las personalidades intelectuales y políticas de quienes trataron de establecer una nueva identidad po-

lítica y social para la nación chilena", y complementa su ensayo sobre la estructura social y económica de la sociedad patria. A juicio de Michael F. Jiménez, este libro de Jobet sirve para afirmar una tradición intelectual de izquierda y evoca el estudio de Edmund Wilson, titulado "To the Finland station" sobre la tradición revolucionaria y el surgimiento del socialismo en Europa. En varios sentidos sería la historia de la creación de una nueva ideología chilena. Termina su largo comentario con estas palabras: "Las obras de Jobet han de considerarse como un catalizador en la creación de una nueva identidad para el pueblo chileno. Somete la realidad social chilena a un acucioso examen y como encuentra que le falta una ideología, procede a configurarla con la esperanza de que inspire confianza en el pasado y sirva como guía para el futuro...".

En el artículo mencionado se reproduce una referencia muy notable a la situación de los estudios históricos en Chile, y al papel de F.A. Encina y J.C. Jobet, en dicho campo. En efecto, en la obra "Latin America: a guide to the historical literature", Charles Griffin, editor, University of Texas Press, Austin, Texas, 1971, (publicación oficial de la "Conference on Latin American History", organización de los historiadores de America Latina, de los Estados Unidos. El redactor de la parte correspondiente a Chile es el profesor Robert Burr) en la página 527 se manifiesta que ha surgido en Chile, un revisionismo histórico cuya inspiración fundamental busca reorientar los estudios históricos reflejando la triple influencia de las ideas extranjeras, de los conflictos internos y de un creciente nacionalismo. Como puntos focales de tal revisionismo, estarían Francisco A. Encina y Julio César Jobet. El primero representa la posición aristocrática, basada en la filosofía intuitiva de Bergson y la concepción histórica de Spengler a través del escritor chileno Alberto Edwards, que acusa a los historiadores del país como meros compiladores de hechos; y pide, en cambio, una evocación de la forma y el significado de la experiencia chilena de acuerdo con la intuición y el estilo. Julio César Jobet, en un campo opuesto, representaría el punto de vista socialista, y en un ensayo acerca de las características de la historiografía chilena escrito en 1949, anotaba la situación de haber sido la historia de Chile escrita por miembros, o allegados, de la pequeña oligarquía gobernante y siempre

con el propósito de sostener las pretensiones de una clase y asegurar su posición. Por eso, afirmando que la fuerza motriz de la historia es la lucha de clases sociales, llamaba a los historiadores de la nueva generación a una doble tarea: investigar la realidad social y económica del pasado y crear las condiciones necesarias para establecer en Chile una verdadera democracia. Y agrega que, en 1951, suministró un modelo valioso ilustrando esos puntos de vista con su "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile".

En realidad, es demasiado elogiosa la referencia al ensayista Julio C. Jobet, y exagerada la afirmación de ser el representante destacado de una nueva posición capaz de oponerse a la obra inmensa del historiador F.A. Encina. Yo no soy propiamente, un historiador, como lo he declarado y sostenido; únicamente soy un ensayista, con una interpretación revisionista de la evolución republicana de Chile, y una decidida intención de ligar el movimiento democrático izquierdista de mi país a fuentes ideológicas nacionales, reivindicando para ello a todos los grandes valores intelectuales del país, e investigando cuidadosamente la evolución de las ideas, del pensamiento, en Chile.

I I I

El sorprendente fenómeno Encina es desconcertante. Se le invoca como autoridad en historiografía y no ha realizado investigaciones originales; únicamente utilizando a Diego Barros Arana y a José Toribio Medina, como pilares, y a todos los demás historiadores clásicos del país, ha llevado a cabo una refundición de sus obras, disfrazada con una interpretación polémica, echando mano a métodos intuitivos, psicologistas, y a una curiosa y pintoresca terminología.

F.A. Encina proclama en forma insistente su adhesión a la concepción genética de la Historia, sin precisar su verdadero alcance y manejándola con una cómoda elasticidad para cubrir sus arbitrarias interpretaciones. En el Prólogo al tomo vigésimo de su "Historia de Chile", aparecido en 1951, afirma que con su concepción genética ha sustituido "los maniqués plutarquianos tan caros a la infantil mentalidad hispanoamericana, por hombres de carne y hueso, con la consiguiente indignación de sus deudos, de sus admiradores

y de los cuerpos o gremios a que pertenecieron" (pág. XVI). Cuando estudia las administraciones de Aníbal Pinto y Domingo Santa María, "en respuesta a la historia plutarquiiana que nos presenta a todos los hombres del pasado como modelos de inteligencia, sensatez y civismo..." él describe sus debilidades y fallas, pone al descubierto su indigencia mental, su falta de imaginación y su inercia cerebral, y, además, exhibe que "las consecuencias de la ancianidad, de la sífilis con su cortejo imprevisible de repercusiones sobre el intelecto, las congestiones y los derrames cerebrales no contaban más que la indigencia intelectual, la bebida o los accesos de locura en el criterio de los hombres que dirigieron la Guerra del Pacífico..." Completaba su concepción genética antiplutarquiiana con el recurso de los palimpsestos, que los define así: "Se ha denominado palimpsesto a los cambios que se producen en la personalidad humana al advenimiento de la madurez cerebral y al atardecer de la vitalidad genésica, generalmente determinada por estímulos sobrevivientes, (t. XX, pág. 38). Para redondear su concepción genética anti-plutarquiiana agrega estas palabras: "Contrariamente a la creencia de Carlyle, la humanidad no ha marchado empujada por un corto número de hombres superiores; han sido los movimientos de masas, los grandes impulsos gestados en el subconsciente colectivo, los que, para aflorar, se han encarnado en algunas grandes figuras de la historia", (Prólogo al tomo XX, pág. 15).

El criterio expuesto en las líneas reproducidas es correcto, pero F. A. Encina no lo aplica en forma consecuente en sus interpretaciones. Es anti-plutarquiiano para atacar y denigrar a las grandes figuras que le son antipáticas por razones personales, partidistas o ideológicas; y, en cambio, cae en el culto al héroe, según el modelo de Carlyle, de manera desmedida, parcial, y, a veces, desorbitada, cuando retrata a los escasos personajes de su devoción... Por otra parte, en abierta contradicción con su concepción genética anti-plutarquiiana, persiste en elevar a sus oscuros familiares y en asignarles un rol histórico preponderante en circunstancias de que fueron elementos rústicos, de escaso poder cerebral, que se distinguieron sólo como caciques lugareños y los que obtuvieron cargos parlamentarios fue en virtud de sus cuantiosos intereses pecuniarios, y por el apoyo de las autoridades, de los gobiernos;

en el desempeño de sus funciones no demostraron la menor capacidad intelectual o política. Eran meros subalternos de altos dirigentes políticos de relieve. Es visible y reiterado su afán de otorgarle un sitio destacado a su tío José Manuel Encina, senador por Maule, en virtud de su dinero y de sus conexiones políticas con don Domingo Santa María. Para conseguir su propósito de colocar en primer plano a su tío, narra extensamente una oscura intriga política, como expresión típica de los hábitos políticos de la época, de acuerdo con datos privados de la familia Encina, en especial del propio protagonista. En esa intriga habría participado don Domingo Santa María y José Manuel Encina. El asunto es tan poco convincente que, al final de todo manifiesta: "Réstanos sólo añadir que Santa María negó siempre su participación en esta intriga..."(?). Sin embargo, con motivo de ella, escribe líneas como las siguientes: "A esta altura entró en juego el senador José Manuel Encina, de quien, como ya sabemos, dirían los contemporáneos que cuando el presidente Errázuriz Zañartu, tenido por el político más astuto que hasta hoy ha tenido Chile, iba de ida, don José Manuel venía de vuelta..." (O sea, don José Manuel Encina habría sido el político más astuto que tuvo Chile en el siglo XIX). Y después de la fantástica afirmación, menudean las alusiones hiperbólicas al talento del decisivo personaje: "Santa María y Encina eran demasiado inteligentes para divisar en Varas un rival"... "Pero Encina se reía de las ilusiones cifradas en la popularidad que la guerra pudiera dar a Santa María...". "Encina estaba admirablemente colocado para producir este entendimiento... etc. Prodigas las alusiones al poder y a la influencia del senador José Manuel Encina. Por ejemplo: "Hacia el final de la administración Errázuriz, los teje-manajes de José Manuel Encina lograron, no borrar el abismo pasional que separaba a Errázuriz y a Santa María, que eso era superior a las fuerzas humanas, pero sí suavizar algo las laderas y abrir en ellas senderos disimulados del lado de Santa María". "El horror castellano-vasco al gesto era en Santa María muy vivo. José Manuel Encina y otros miembros de su camarilla, recordaban los accesos de hilaridad que le causaban el romanticismo y la teatralidad de Balmaceda y la soberbia intelectual entre desdeñosa e insolente de Aldunate...". Muchas de sus interpreta-

ciones se basan en testimonios de su prodigioso tío. Así relata: "Si hemos de creer a un autor que era la sagacidad misma y que estaba muy interiorizado en los manejos ocultos de la política, el senador por Maule, José Manuel Encina...". Y, a menudo, esos testimonios de sus parientes o de amigos de sus familiares, el historiador Francisco Encina los obtuvo a corta edad, gracias a su precocidad genial. (En el tomo XVII, pág. 250, dice en una nota: "Lo que Bulnes basa en una sospecha, lo oímos al propio Vergara en 1886 en Talca, y más tarde nos lo confirmaron Luis Pereira y Carlos Walker Martínez...". En 1886, F. A. Encina tenía 12 años de edad, pero ya era confidente de grandes personajes, como Vergara, Baquedano, etc.

Asimismo prodiga elogios a su pariente Blas Encina, a quien define de manera muy curiosa: "Hace unos ochenta años Blas Encina, un raro que tuvo la ocurrencia de pensar la vida al margen de los conceptos estereotipados y la cordura de no escribir nada, comentando con Ignacio Zenteno Gana, algunos conceptos de Scherer, llamó a la historia el hospicio del mundo intelectual", (Prólogo al tomo XX). De ese mismo pariente escribe: "Un reformista, cuya aguda penetración psicológica perduró en el recuerdo de sus íntimos hasta que con Isidoro Errázuriz desapareció el último de ellos, con motivo de la elección de Balmaceda para presidente del Club de la Reforma dijo: "Nos hemos dado un presidente monttino con sobrepelliz reformista. (Salida de Blas Encina, diputado reformista al Congreso Constituyente de 1870, y fallecido poco más tarde, relatada por Ignacio Zenteno Gana a Adolfo Armanet)".

El plutarquismo familiar de don Francisco Antonio Encina, es abiertamente antagonico a su pretendida concepción genética, y se enlaza con su adhesión sistemática a una explicación del proceso histórico por causas racistas (en el factor raza incluye los móviles clasistas y los psicológicos). El tronco Encina es castellano y por ello el clan Encina sobresale dentro de la aristocracia castellano-vasca. Esta es el demiurgo fundamental en el proceso de evolución histórica de Chile, a pesar de las severas críticas prodigadas en su contra, a causa de su indigencia de imaginación creadora, su apego al formalismo jurídico y a la palabrería hueca. En un juicio de conjunto respecto de la aristocracia castellano-vasca, manifiesta: "Muchas ve-

ces hemos subrayado en el curso de esta historia su extrema dureza cerebral, que tornándola casi impermeable a las influencias intelectuales le daban una cordura negativa, y una estabilidad que contrasta con el espíritu movedizo y novedoso del elemento meridional, abierto en exceso a las sugerencias de los libros no controlados por la piedra de toque de la realidad y a las limitaciones insensatas”.

Tanto el elemento castellano-vasco como el elemento meridional han demostrado poseer una admiración beata por las doctrinas foráneas, con un simplismo mental primario que las desnaturaliza y caricaturiza, como ocurrió con las enseñanzas del liberalismo económico de Courcelle-Seneuil en el siglo pasado; o como ha sucedido en años recientes con diversas complejas doctrinas socio-políticas.

I V

En resumen, la existencia es dura, la condición humana muy débil, su sentido difícil de abarcar, y a medida que pasan los años “el tedium-vitae” nos corroe intensamente. A manera de consuelo y explicación, termino esta despedida melancólica con algunas frases del biólogo francés Jean Rostand en su libro “El hombre y la vida”. Para este notable sabio: “Los hombres, de ordinario, se merecen los unos a los otros”, y “el psicoanálisis nos ha enseñado que el hombre es un lobo no solamente para el prójimo sino para el mismo...”.

El filósofo Aristóteles dijo que el hom-

bre es, esencialmente, un animal político. Al respecto el sabio francés escribió un par de observaciones dignas de reflexión: “En política, no se mancilla la mentira de ayer sino para adular la mentira de hoy”. “En política, los insensatos pueden arreglárselas de tal modo que sean los sabios los que estén equivocados...”. “O se anula uno aislándose, o se envilece agremiándose...”.

Jean Rostand expresa que al recordar sus orígenes, el hombre se mira con demasiada complacencia: “Este nieto de pez, este sobrino segundo de babosa tiene derecho a cierto orgullo de avenedizo, pero ¿hasta dónde llegará en su dominio de las fuerzas materiales? Su éxito ha sido grande, pero su reino irrisorio entre los astros innúmeros no es para tranquilizarlo...”. ¿qué suerte puede él predecir a su obra, a su esfuerzo? ¿Qué quedará un día de todo esto, sobre el miserable grano de barro en que vive? La especie humana pasará como han pasado los dinosaurios y los estegocéfalos. Poco a poco la pequeña estrella que nos sirve de sol abandonará su fuerza iluminadora y calentadora... Entonces, de toda la civilización humana y sobrehumana —descubrimientos, filosofía, ideales, religiones— nada subsistirá. No quedará de nosotros ni siquiera lo que queda ahora del hombre de Neanderthal, del que algunos despojos, al menos, han encontrado asilo en los museos de su sucesor. En este minúsculo rincón del universo será anulada para siempre la ridícula aventura del protoplasma...”.

J. C. J.